
CONSEJO DE REDACCIÓN

Dr. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Dr. Ludovico Videla, P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Dr. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, P. Lucio Florio (La Plata), Francisco Bastitta, Dr. M. France Begué, P. Dr. Jorge Scampini o.p., Dra. Isabel Pincemin

COMITÉ DE REDACCIÓN

*Prof. Carola Blaquier, Mons. Eugenio Guasta,
Mons. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba), Dr. Florian Pitschl (Brixen)*

*Director y editor responsable: Dr. Luis Baliña
Vicedirector: Francisco Bastitta Harriet
Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna*

COMMUNIO

<i>Editorial</i>	3	Sexualidad
<i>Peter Henrici</i>	5	Reflexiones filosóficas sobre la dualidad de sexos del ser humano
<i>Michel Séguin</i>	15	Los fundamentos bíblicos del pensamiento de Juan Pablo II sobre la sexualidad humana
<i>Olivier Boulnois</i>	37	¿Tenemos una identidad sexual? Ontología y orden simbólico
<i>F. Bastitta Harriet</i>	57	Hasta el corazón de la sexualidad
<i>Maité Uribe</i>	65	Etapas vitales del celibato cristiano
<i>Luis Baliña</i>	85	Carta a Don Quijote sobre el amor sexuado
<i>Jorge A. Mazzinghi</i>	89	Beatriz en la Divina Comedia

ETAPAS VITALES DEL CELIBATO CRISTIANO

*Maité Uribe**

*Si vas a emprender el viaje hacia Ítaca,
pide que tu camino sea largo,
rico en experiencias, en conocimiento,
...que sean numerosas las mañanas de verano en que con placer,
felizmente arribes a bahías nunca vistas...
Ten siempre a Ítaca en tu memoria,
Mas no apresures el viaje.
Mejor que se extienda largos años; y en tu vejez arribes a la isla
con cuantos hayas ganado en el camino...*

K. Kavafis, 1911

1. Introducción: experiencia teologal y proceso humano

Este poema de Kavafis puede ayudarnos a comprender el celibato, no tanto como un “estado” al que uno llega de una vez por todas, sino como un “proceso”, un camino que se va construyendo a lo largo de toda la existencia. Es este el enfoque que queremos adoptar en el presente artículo. Para ello, definiremos en principio el celibato como un modo de amar. Y trataremos de ver, a continuación, cómo tiñe este “modo” las dimensiones existenciales de la persona que lo elige: su ser-en-el-mundo como ser relacional y su proceso humano como ser en devenir.

El celibato por el Reino es ante todo un modo de amar, de seguir a

* Médica psiquiatra. Departamento de formación de la institución teresiana. Agradezco a Olga Molero Santos y Berta Balaguer Vera por sus útiles sugerencias.

Etapas vitales del celibato cristiano

Jesús y vivir el evangelio. Este modo de amar es una vocación que se va desarrollando en el tiempo. Es un dinamismo que abarca la totalidad de nuestro ser y vivir. Es, ante todo, un don que sólo cabe desear, suplicar y, si es el caso, recibir.

Reflexionar sobre el celibato cristiano es, entonces, dejarse conducir por la pregunta: ¿Qué sucede en la persona cuando se recibe este don? ¿Qué pasa cuando uno experimenta en su existencia la invitación a desarrollar de esta manera peculiar la propia capacidad de amar? Uno recibe el celibato como *su personal camino de crecimiento en el amor*: el camino que se le ofrece como *dado para él, para ella*, cuando se atreve a adentrarse en el fondo de su conciencia. Es así como se experimenta toda vocación, sea ésta la que sea: uno *no puede no hacer* aquello a lo que, desde el fondo de su ser, *se siente requerido*.

¿A qué se siente requerido el célibe por el Reino? ¿Cuál es su vocación más primigenia, más nuclear? Con el riesgo que conlleva toda universalización, podemos de momento, y a modo de ensayo, expresarlo así: quien experimenta la vocación al celibato encuentra en sí el deseo de hacer de la propia vida un espacio libre para el amor de Dios y, así, una ofrenda de amor entrañable para el mundo. Tal vez podría expresarse así la dimensión más profundamente teologal que entraña el celibato.

Pero esto no es todo: acoger el don del celibato exige tener en cuenta, junto a su dimensión teologal, lo que éste tiene de proceso humano. Porque, como todo proceso humano, el celibato es un camino, un aprendizaje. Más concretamente: un aprendizaje del amor. Y, como todo aprendiz, el célibe debe tener en cuenta, con la mayor honradez y humildad, los dinamisismos humanos del crecimiento. Es necesaria la lucidez. Y a ella ayuda, en cada época, la iluminación de la ciencia humana en toda su profundidad y desarrollo.

Una reflexión sobre el celibato cristiano deberá, por consiguiente, prestar atención a ambos aspectos: la dimensión teologal y el proceso humano. Tomar conciencia sobre ambos, en una especie de juego dialéctico entre “lo humano y lo divino”, nos ayudará a encarnar esta vocación sin desarraigarnos de nuestra humanidad (¡cosa que, por otra parte, sería imposible hacer por más que quisiéramos!) y, al mismo tiempo, sin olvidar la tensión hacia la divinidad a la que estamos llamados.

Abordaremos, pues, primeramente lo que podríamos llamar la “dimensión teologal”. En concreto, cómo se ve afectado por la opción del celibato el núcleo existencial de la persona en las tres relaciones básicas que lo constituyen: la relación consigo mismo, con Dios y con el mundo. En segundo lugar,

pondremos el foco de atención en lo que el celibato tiene de “proceso humano”. En este sentido, haremos uso de la iluminación que la psicología evolutiva puede aportar a la comprensión y vivencia de la espiritualidad.

2. Dimensión teologal: ¿Cómo afecta el celibato al núcleo existencial de la persona como ser-en-relación?

Acoger el celibato como modo de vivir el amor nos invita a recrear y orientar adecuadamente nuestro ser relacional en las tres direcciones básicas que nos constituyen: la relación con Dios, la relación consigo mismo y la relación con los otros, con el mundo.

2.1. La relación con Dios

Sabemos que Dios nos ama gratuitamente, nos ama tal como somos. Éste es el “principio y fundamento” de la fe y la vida cristiana. Pero, ¿lo hemos *sentido* alguna vez? Tener la experiencia de su amor incondicional es fundamental para todo creyente, y desde luego irrenunciable para quien elija el camino del celibato. Porque vivir en celibato significa haber centrado la vida y la existencia en Dios. Y ¿cómo hacerlo si no *sentimos* que Dios nos ama? Dejarnos amar por Él forma parte de la *aventura* que el célibe está dispuesto a vivir. Una aventura de fe que se arriesga. Porque sólo desde la acogida cada vez más profunda del amor de Dios en su propia existencia puede el célibe empezar a “amarlo sobre todas las cosas” con un amor personal y real. Y sólo desde este amor recibido puede albergar, sin temor, la esperanza de llegar a amar a sus hermanos con un amor que merezca tal nombre: un amor gratuito, incondicional, sin reservas: “con todo el corazón”. De esta fe y esta esperanza nutre el célibe su amor.

Pero podríamos decir: ¡éste es el alimento esencial también para la vida de cualquier cristiano! ¡A vivir esta fe, esta esperanza y este amor estamos llamados todos! Efectivamente: todos, independientemente de cuál sea nuestro estado, estamos llamados a “amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos”. Por eso es importante señalar desde el principio que el celibato no es una opción que diferencie “*esencialmente*” al célibe de otros cristianos no célibes. Más bien, es “*un modo concreto*”¹ de vivir la aventura

¹ Empleamos aquí de forma bastante literal la distinción aristotélica y tomista entre *sustancias* y *modos*.

Etapas vitales del celibato cristiano

del amor cristiano, ésa a la que *todos* estamos llamados y que cada uno, como miembro del cuerpo de la Iglesia, *concreta* de acuerdo con *su propia* vocación.

Dicho esto, es claro que mucho de lo que aquí sigue sería necesario recordarlo también al reflexionar sobre cualquier otra forma de vivir el amor en el cristianismo (amor de pareja, celibato no elegido pero aceptado, celibato no consagrado). Lo que aquí pretendemos es señalar algunos matices que, si bien pertenecen a lo más profundo de la espiritualidad cristiana sin distinción de estados, deben estar presentes de forma absolutamente necesaria en la vida del célibe. Y lo hacemos más a modo de recordatorio que de novedad. Porque sabemos que el misterio al que estamos llamados es “siempre antiguo y siempre nuevo”².

Teniendo, pues, siempre presente esta aclaración, podemos ya pasar a preguntarnos: ¿Cómo configura el celibato nuestra relación con Dios? ¿Qué matices específicos de la infinita riqueza del amor cristiano quedan, por así decir, subrayados en este modo concreto de encarnar el amor? Recordamos cuatro aspectos que nos parecen ineludibles:

a) En primer lugar, amar a Dios de modo célibe significa descubrir que “sólo Dios basta”. Y, una vez descubierto, apostar a ese descubrimiento toda la existencia. Como expresa Javier Garrido:

“El amor nos hace salir de nosotros mismos y optar, somos capaces de dejarlo todo por el Único. El amor sólo existe cuando adquiere esta fuerza de totalización exclusiva: Dios basta”³.

b) Pero aventurarse en el camino del amor célibe es también vivir la promesa de que Dios nos puede invitar a lo que quiera. Nos puede invitar a amar de una manera que va más allá de las expresiones afectivas de pareja, nos puede ensanchar el corazón para que, aun siendo “indiviso”, puedan caber en él cada vez más personas. Así, para el célibe, Dios será su alegría, su esperanza, su plenitud y, sobre todo, su fecundidad derramada en el mundo y para el mundo.

c) En tercer lugar, en este camino de relación con Dios es fundamental el lugar que ocupa la oración. Lo es para todo cristiano, pero en el caso del célibe la oración cobra una especial *densidad existencial*, dado que el célibe carece, *en este mundo*, de un “Tú” totalizante y exclusivo desde el que tejer su identidad y dar sentido a su vida. De ahí que los místicos y todos los grandes

² Cfr. SAN AGUSTÍN, *Confesiones*.

³ GARRIDO, J. *Grandeza y miseria del celibato cristiano*, Santander, Sal Terrae, 1987, 275.

orantes hayan empleado para la oración del célibe metáforas que la presentan como “encuentro con el Amado”⁴.

Es verdad que *todos los cristianos* estamos llamados a poner en juego nuestra afectividad en la oración⁵. Pero esta llamada se convierte, en el caso del célibe, en *una necesidad existencial*: algo necesario para la propia maduración afectiva, para la propia constitución como sujeto humano. La oración es el cauce nuclear (aunque no exclusivo) en el que el célibe despliega su afectividad.

d) El celibato se convierte, así, en *una forma* de encarnar en la propia vida el *mandamiento universal* de “amar a Dios sobre todas las cosas”. Una forma que se convierte en gesto profético: el célibe vive, apostando en ello toda su existencia, “como si” fueran *ya* verdad las promesas de Dios, *ésas que todavía no se han manifestado*⁶. El célibe anticipa, en la pobreza de su existencia, el Reino de Dios sobre la tierra⁷.

2.2. La relación consigo mismo

No podemos ser ingenuos: en lo que se refiere a la relación consigo mismo, la condición de célibe origina un vacío. Es el vacío de la paternidad o maternidad, de una pareja, del goce sexual. Este vacío, esta soledad, estará

⁴ Baste recorrer las metáforas del *Cántico espiritual* de San Juan de la Cruz (“¿Adónde te escondiste, Amado...?”), o el modo de entender la oración de Teresa de Jesús como relación con Cristo, *el Esposo*, “en su humanidad” y como “trato de amistad con quien sabemos nos ama”.

⁵ En este aspecto de la oración afectiva ver capítulo 15 “proceso afectivo y experiencia de oración” de GARRIDO, J.: *Grandeza y miseria del celibato cristiano*.

⁶ De hecho, fue así como concibió San Pablo el celibato en los primeros tiempos del Cristianismo. Es muy importante recordar esto: “permanecer célibe” no era para Pablo una cuestión de sexualidad, ni mucho menos de “distinción de estados”, sino más bien de “resignificación de todos los valores” ante la certeza de la inminencia del Reino. Si Jesucristo va a volver en breve (como al principio pensaban las primeras comunidades), entonces lo único que tiene sentido es polarizar en esa venida toda la existencia: que cada uno “se quede como está”: el casado, que no busque la separación. El soltero, que no busque mujer. Pero no porque sea *mejor* tener mujer o no tenerla, sino porque el Reino está al venir y, ante esta inminencia, todo lo demás *carece de importancia*. De todas formas, el propio Pablo reconoce que, acerca del celibato, “no tiene precepto del Señor” y que todo lo que puede ofrecer es “un consejo” (Cfr. 1 Cor 7, 25-40).

⁷ Sobre la formación de las creencias y prácticas escatológicas en las primeras comunidades cristianas es sumamente instructiva la lectura de TORNOS, A. *Escatología I, Madrid, 1991*, especialmente el Capítulo 2 de la Parte I: “Práctica y doctrina de la esperanza en las comunidades cristianas del Antiguo Testamento”.

Etapas vitales del celibato cristiano

presente a pesar de nuestra fe, de nuestra oración, de nuestras amistades, de nuestro trabajo apostólico. Por eso el célibe tendrá que ir asumiendo positivamente esa soledad propia del celibato y para ello ir encontrando su forma específica de integrar la vivencia de la corporalidad y sexualidad. Si este proceso no se lleva a cabo adecuadamente, el celibato corre un alto riesgo de terminar en frustración y esterilidad.

Así pues, ¿cómo gestionar de forma sana el vacío que entraña una opción célibe? Aquí radica el reto existencial que tantos hombres y mujeres asumen diariamente, tratando de responder a él desde la humildad de sus propias vidas. No hay recetas. Pero podemos ofrecer algunos caminos para la reflexión personal y comunitaria, algunas llamadas que nos ayuden a la lucidez.

En primer lugar, nos parece importante recordar el sentido originario que tiene el celibato, en todas las tradiciones espirituales, como parte del camino ascético que ayuda al ser humano a la auto-transcendencia. En este sentido, el celibato ha sido vivido siempre como un *medio para un bien mayor*, nunca como un *fin en sí mismo*. Y, por supuesto, un medio junto a otros, que varían en su formulación según las distintas tradiciones. Nos referimos a la pobreza y la obediencia en la tradición cristiana de los consejos evangélicos, y a otros medios como el ayuno, la oración o la meditación, la rectitud moral, la limosna, la peregrinación, el yoga⁸ físico y mental... En fin, todos los recursos espirituales que la humanidad, en su enorme riqueza cultural y religiosa, ha ido descubriendo a lo largo de su historia. Medios para ayudar al ser humano a ir orientando su existencia hacia el Absoluto desde las condiciones de su vida concreta.

Sobre esta base podemos preguntarnos: ¿qué tintes peculiares cobra la relación consigo mismo en el caso de una persona que acoge la llamada al celibato por el Reino? Sin pretender en modo alguno agotar el tema, apuntamos un aspecto que nos parece fundamental: en el célibe, la relación consigo mismo (ineludible para todo ser humano) cobra especial relevancia, especial densidad ontológica y existencial. A continuación intentaremos exponer por qué esto es así.

En el amor de pareja, el camino de la relación consigo mismo pasa por la dinámica de la mutua entrega amorosa. Entrego mi ser a otro y recibo, en el núcleo de mi ser, la entrega del otro. En mi pareja soy amado, amada, de forma

⁸ La palabra sánscrita *yoga* procede de la raíz *yug*, 'yugo, unión', y se traduce generalmente como 'integración del individuo con el Todo'. Otra traducción posible, ésta desde los paradigmas de las religiones teístas, podría ser 'religión', en el sentido etimológico de religarse con Dios.

única, total, exclusiva⁹. Y, de esta forma, me reconozco en mi esencial “amabilidad”. Siendo amado, puedo amarme. Siendo mirado como esencialmente digno de amor, puedo reconocermelo como digno de amor¹⁰.

En cambio, el célibe elige renunciar en este mundo a un amor así: totalizante, exclusivo, con vocación de permanencia..., tan íntimo a sí mismo que le desvele su propia intimidad. Pero no por renunciar a vivirlo “en este mundo” deja, por así decir, de “estar constituido como parte de este mundo”; y, por tanto, de estar “hecho” (biológica, psíquica, espiritualmente) para unirse a otro ser en la dinámica de la entrega amorosa, de la unión sexual. Entonces, en el “lugar” en que se daría esta entrega, en el centro mismo de su persona, el célibe se encuentra con un gran vacío. Con una apertura que pide ser llenada. Con una herida que, en todo célibe, tiene una dimensión dolorosa, de renuncia, que no podemos ocultar. Es como si en el centro de su ser se instalara un desierto, un amargo “Valle de Akor”¹¹.

¿Cómo vivir esta herida? Prolongando la imagen bíblica del desierto, podemos decir que el célibe “por el Reino”, llega a este desierto y, en lugar de huir... *se rinde a él*. Y ahí, en el centro mismo de su soledad, de su vacío, es posible que escuche de pronto una promesa misteriosa: “Tu Valle de Akor lo convertiré en Puerta de Esperanza”¹².

Entonces, sin saber cómo, el célibe comienza a *habitar el desierto*. Intuye que su vacío interior (sus deseos no colmados, su renuncia a la paternidad o a la maternidad, sus frustraciones, su herida abierta) está llamado a convertirse en espacio para el Misterio. *Abraza ese espacio*: no lo evita, sino que *lo deja ser*. Y, misteriosamente, ese lugar del que en principio se querría huir empieza a convertirse precisamente en *el centro existencial* del célibe. Un espacio en el que, si no se le ahoga, si no se le aquieta con “sucedáneos” de este mundo, puede empezar a vibrar lo Absoluto.

Ahora bien, esto sólo puede suceder si no se llena el vacío del celibato

⁹ Hablamos aquí, claro está, en términos de *ideal al que tendemos*. Por descontado que lo hacemos siempre de forma más o menos incompleta, desde nuestra constitutiva fragilidad y limitación. Encontramos aquí, de nuevo, la dialéctica entre el “ya sí” (en promesa) y “todavía no” (en la concreción en este mundo) que caracteriza toda la existencia cristiana.

¹⁰ Acerca de la importancia de la intimidad tanto en las relaciones de pareja como en el camino espiritual, recomendamos la lectura de AU, W. y CANNON, N. *Anhelos del corazón*, Bilbao, Descleé de Brouwer, 1999, concretamente el Capítulo 7: “Intimidad: un crisol de la totalidad”.

¹¹ Cfr. Oseas 2, 17.

¹² Oseas 2, 17

Etapas vitales del celibato cristiano

con “sucedáneos”. Es importante no ser ingenuos ni ciegos en este punto. Porque ¡hay tantas formas de acallar el dolor del “voto de castidad”! Por supuesto, la más directa y elemental es incumplirlo. Pero, precisamente por su elementalidad y su evidencia para quien lo incumple, no es la más grave. Porque ahí, si la persona es honesta, la propia dinámica de sus vivencias y la experiencia de contradicción la llevarán a entrar en un proceso de clarificación que terminará resolviéndose en un sentido o en otro. Esto, repetimos, si la persona es capaz de honestidad. Porque, si no, también aquí se puede entrar en la autojustificación de la que habla San Ignacio en el “segundo binario”: negarse a reconocer la atadura afectiva, argumentar que ‘en el fondo me hace tanto bien’, ignorar demasiado a la ligera las implicaciones que pueda tener, eludir la responsabilidad... En suma, pretender “que venga Dios donde yo quiero”¹³. Con lo cual entraríamos ya en la dinámica del autoengaño, que comentamos a continuación.

En efecto, ¡hay tantas formas de autoengañarnos! Quizá la más frecuente (por más “tibia”, por más difícil de detectar) es la que ya antes comentábamos hablando del riesgo de esterilidad en el célibe, que puede manifestarse básicamente de dos formas: la del miedo a amar (y por tanto retraerse de toda relación que pueda resultar significativa) o la del egoísmo más radical e ignorado: la concentración de la energía pulsional en la adoración de una imagen idealizada de sí mismos.

Pero no es ésta la única. Pensemos en lo fácil que resulta para un célibe aferrarse al activismo en su propia misión, creerse salvador de otros (‘los más pobres’, ‘aquellos a quienes sirvo’, ‘la justicia en el mundo’), creerse imprescindible en su trabajo-misión, aferrarse a los puestos de poder (so capa de ‘servicio’, por supuesto), o a un lugar de trabajo determinado, o a una comunidad.

También podemos aferrarnos a nuestras ideas y concepciones y convertirnos en una especie de “talibanes” de las mismas. Y, así, ‘defender a muerte’, bajo capa de ‘pasión por el Reino’, ideologías que no son sino una proyección idealizada de nosotros mismos.

Finalmente, podemos también quedar presos de nuestras propias necesidades afectivas insatisfechas, y así vivir esclavos de la necesidad de reconocimiento y afecto dentro de la propia comunidad y no atrevernos nunca a actuar con autenticidad por miedo a perder ese reconocimiento.

Es importante recordar que todas estas son tentaciones de las que nin-

¹³ IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios Espirituales* [154].

guno estamos libres. ¡Ni siquiera Jesús, nuestro maestro, lo estuvo, y tuvo que debatirse con el Tentador en el desierto! Por eso (siguiendo con la espiritualidad de la paradoja, propia del cristianismo) lo importante no es tanto pretender “estar limpios de ellas” a toda costa y en todo momento. Eso, aparte de farisaico, sería de todas formas imposible. ¿Qué nos cabe hacer entonces? Únicamente una cosa: suplicar, cada día, la lucidez y la humildad para “reconocerlas” en nuestro interior cuando se presenten. Suplicar también la sencillez suficiente como para atrevernos a contrastar nuestra experiencia con cristianos más experimentados¹⁴ y con la comunidad. Y, como dice San Ignacio hablando de los “engaños del enemigo” (pues no otra cosa son estas tentaciones de las que hablamos), pedir “ayuda para dellas me guardar”¹⁵.

Así pues, el camino del celibato por el Reino pasa por aprender a cuidar este espacio interior, el desierto personal donde Dios se nos revela. Esto significa, como ya hemos visto, aprender a no huir de él en los momentos de dolor; aprender a acompañarlos amorosamente, con toda la atención de nuestra consciencia. Y, así, dejarlos ser: permitirles su espacio en nosotros, sin cortarlos de raíz con rigidez y sin pretender tampoco ahogarlos escapándonos por cualquiera de las tentaciones antes mencionadas. Para ello necesitamos la ayuda de la gracia. Deberemos, pues, suplicarla cada día.

El lector o lectora habrá intuido ya que nos acercamos así, de nuevo, al lugar central que por fuerza tienen que ocupar la oración y la meditación en la vida del célibe. **Oración** como espacio afectivo cotidiano. Como apertura a la gracia misteriosa, a Aquél que es “siempre más grande” que todas nuestras miserias. Y meditación como espacio de consciencia desde el fondo de mi propio ser. Como espacio de lucidez. Como espacio en el que permanecemos aunque nos duela o no nos guste lo que vemos. Este fondo de nuestra existencia se nos revelará a veces, si lo atendemos el tiempo suficiente, como un hervidero de deseos, frustraciones, dolores e impotencias. Pero otras veces nos sorprenderá encontrarlo convertido en un mar sereno donde el Misterio puede reflejarse. Y entonces nos descalzaremos y agradeceremos, porque nuestra tierra, nuestro propio barro, se ha convertido en “tierra sagrada”¹⁶.

¹⁴ Recordamos aquí el enorme valor del acompañamiento espiritual, figura de gran importancia desde los primeros tiempos del cristianismo y que ha sido vivida de distintas formas a lo largo de la historia de la Iglesia.

¹⁵ IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios Espirituales* [139].

¹⁶ Cfr. Ex. 3, 5

Etapas vitales del celibato cristiano

2.3. La relación con los otros, con el mundo

El ser humano está hecho para ser intermediario del amor de Dios al mundo. Ese fue el deseo de Dios desde el principio: “Llenad la tierra y ponedla a vuestro servicio...”¹⁷. En Jesús, Nueva Creación, se manifiesta de modo pleno ese sueño originario de Dios. Él, “libre de pecado”¹⁸, transparentó sin deformaciones el amor infinito de Dios. Pero esta total transparencia no es algo que nos esté vedado a nosotros, aunque seamos pecadores: en el misterio de la Encarnación, Jesús asume toda nuestra carne. Toda: también la limitación, la debilidad que nos lleva al pecado. Y gracias a eso sabemos que, como Él y en Él, somos capaces de transparentar en nuestro mundo el amor eterno de Dios. A eso estamos llamados. Ese es el sueño de Dios. Por eso, en la medida en que tendamos hacia ese sueño, en la medida en que busquemos realizarlo en nuestras vidas, nos estaremos acercando cada vez más a nuestra esencia.

¿Qué significaría, en términos prácticos, “transparentar el amor de Dios”? ¿Qué puede ser eso? “A Dios nadie lo ha visto jamás”¹⁹. Por eso, para conocer cómo es su amor, tenemos que mirar a Jesús. ¿Cómo amó él? En la contemplación de su vida en los evangelios, en la súplica humilde de “conocimiento interno del Señor”²⁰, vamos comprendiendo poco a poco cómo reflejó él, cómo hizo “comprensible” en tantas situaciones el “incomprensible” amor de Dios. Entonces, “transparentar el amor de Dios” sería ponernos en disposición de amar como amó Jesús. Amar a cada persona tal como es, sin exigirle que sea diferente, que sea como nosotros creemos que debe ser o como nos gustaría. Así amaba Jesús. Y con ello facilitaba –y nosotros, en Él, estamos llamados a facilitar- la reconciliación del ser humano consigo mismo.

Así ama Dios... Así amó Jesús... Pero ¿dónde encontramos un amor así sobre la tierra? Aquí tocamos lo que quizá sea el corazón, el núcleo, de la vocación de amor del célibe en relación con el mundo.

Dentro de la experiencia humana, el amor que más se parece a esta gratuidad total es el amor de las madres. Tanto que ya en el Antiguo Testamento aparece la imagen de la madre, de las entrañas de misericordia, como metáfora viva del amor de Dios a su pueblo. El amor de madre es, quizá, el amor más “divino” que existe sobre la tierra.

Pero nuestra tierra está herida. Nuestra carne está herida. También nues-

¹⁷ Cfr. Gn 1, 28.

¹⁸ 2 Cor 5, 21

¹⁹ Jn 1, 18

²⁰ Cfr. IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios Espirituales*, [104]

tra maternidad está herida. Incluso el amor más gratuito del que es capaz la humanidad está atravesado en muchas ocasiones por la debilidad, la oscuridad, el egoísmo... y, en casos dramáticos, por el abandono, el maltrato o la muerte.

Por eso está tan hambriento nuestro mundo de un amor así: gratuito, incondicional, que nos revele a cada uno la profundidad de nuestro propio misterio. En el fondo de nuestro ser, todos los seres humanos anhelamos ser abrazados por ese amor. Como diría San Agustín, “estamos hechos” para un amor total. Y nuestra ansia es tan infinita (bien lo sabía Agustín) que sólo Dios puede llenarla²¹. Esto es, digamos, algo constitutivo de todo ser humano. Pero además, en muchos seres humanos, destrozados desde niños por la guerra, el hambre, el abandono, el maltrato, la prostitución, la esclavitud...., esto es más que un anhelo metafísico: es una necesidad vital.

Por otra parte, en medio de nuestro mundo tan herido todos necesitamos también otra cosa: poder creer en el amor a pesar de todo. A pesar de los engaños, heridas y frustraciones a las que nos haya podido llevar nuestra experiencia personal. Poder creer que el amor, el auténtico amor, es posible sobre la tierra. Poder, en suma, reconciliarnos con la humanidad. Poder creer que el ser humano, ése que es capaz de aniquilar a su hermano, es también capaz de entregar su vida por él²².

Pues bien, acaso sea esto lo propio, lo específico del amor célibe en relación con el mundo: ofrecer nuestras vidas en Cristo para que pueda transparentarse en el mundo, desde el seno débil de nuestra carne, el infinito amor de Dios por la humanidad. El célibe “por el Reino de los cielos” elige dejar “disponible” en su existencia el espacio propio del amor más gratuito, el espacio de la maternidad o de la paternidad. Dejarlo vacío y libre, como veíamos en el apartado anterior, para que pueda vibrar en él el amor divino. Sólo entonces puede ofrecerlo, desde la humildad de la propia vida, en servicio a los hermanos. Servicio de amor a la humanidad desde la propia humanidad. Servicio que sólo es posible cuando Dios, el Amor mismo, es acogido en el seno de nuestra carne²³.

²¹ Reflejo de esta experiencia de ansia de un amor infinito es el famoso adagio de San Agustín: *Ad te nos fecisti, Domine! Et inquietum est cor nostrum, donec requiescat in Te.*

²² Así concluía Viktor Frankl su estremecedora memoria sobre su experiencia en el campo de concentración: “¿Qué es, en realidad, el hombre? Es el ser que siempre decide lo que es. Es el ser que ha inventado las cámaras de gas, pero asimismo es el ser que ha entrado en ellas con paso firme musitando una oración”. (Cfr. FRANKL, V. *El hombre en busca de sentido*, Barcelona, Ed. Herder, 1981, 87).

²³ Podemos escuchar, en este contexto, las impresionantes palabras del Prólogo del Evangelio de Juan: “Vino a los suyos, y los suyos no lo recibieron. Pero *a cuantos lo recibieron, les da PODER* para ser hijos de Dios...” (Jn. 1, 11-12).

3. Proceso psico-espiritual: el célibe en las distintas etapas de la vida

Como dijimos al comienzo de este artículo, el celibato no es un estado que se adquiera de forma definitiva en el momento de elegirlo. Es un camino, un aprendizaje, un proceso que abarca toda la existencia. Y en ese caminar tendremos que tener en cuenta, como en todo proceso humano, las distintas etapas de la vida.

Así, el célibe responderá de manera distinta, dependiendo de la edad, a preguntas como: ¿cuál es el sentido de mi vida? ¿Quién soy yo? ¿Quién es Dios para mí y yo para Dios? ¿Cómo estar en el mundo? También podríamos decirlo de otra forma: la relación afectiva del célibe con Dios, consigo mismo, con el mundo, va tomando diferentes matices a lo largo de la vida.

A continuación abordaremos el celibato desde la perspectiva evolutiva. Integraremos para ello algunas aportaciones de la psicología en relación con la espiritualidad cristiana, con el fin de iluminar lo que de "proceso humano" tiene el camino del celibato "por el Reino"²⁴.

3.1. Nacer al amor : joven idealista

"Pasando de nuevo a tu lado, te vi en la edad del amor; extendí sobre ti mi manto para cubrir tu desnudez; te comprometí con juramento, hice alianza contigo-oráculo del Señor- y fuiste mía" (Ez. 16, 8).

El joven adulto quiere construir un proyecto de vida célibe, pero todavía es un idealista, vive del ideal. La conciencia de sí se sitúa siempre en referencia a los valores de perfección (sea la santidad, sea Jesús, sea el Reino, sea el proyecto radical de vida). Apenas hay conocimiento del yo real con sus limitaciones.

La afectividad está caracterizada por el mismo tipo de experiencia. Amor joven quiere decir pasión, sentimiento intenso, sincero y seguro de sí. En el caso del joven célibe, implica también relación amorosa platónica con Jesús,

²⁴ En lo que sigue, recogemos algunas de las reflexiones de autores que han estudiado a fondo lo que podríamos llamar "la espiritualidad y psicología evolutivas del celibato cristiano". Nos basamos, sobre todo, en los magníficos estudios de Javier Garrido citados en notas anteriores: *Grandeza y miseria del celibato cristiano y Proceso humano y gracia de Dios*, Santander, Sal Terrae, 1996.

que provoca una sensación de felicidad y plenitud. La oración se vive como experiencia gratificante. En relación con el prójimo, el amor se experimenta como fusión. Es una etapa de vitalidad y confianza en el futuro, de iniciativa.

En los inicios de su vocación, vivir célibe consiste para el joven fundamentalmente en ser consecuente con el proyecto de vida elegido. Progresivamente tendrá que ir aprendiendo a amoldar ese proyecto ideal a lo real con todas sus limitaciones.

Paulatinamente se va instalando la *crisis de autoimagen* propia de esta etapa. Suele comenzar con una sensación creciente y prolongada de insatisfacción con uno mismo. El signo típico de esta crisis estriba en la experiencia, no puntual sino global, del desajuste entre el yo ideal y el real. Una sensación de culpabilidad generalizada e incapacidad de aceptación de sí. La persona está muy confusa respecto de lo que quiere y respecto de sí misma. Experimenta aridez en la oración, agresividad en las relaciones, especialmente con las personas antes idealizadas. Comienza la búsqueda inconsciente de compensaciones, de las que antes hablábamos: si antes la afectividad idealizada se vivía en la intimidad con Dios, ahora se desplazará hacia la multiplicación de actividades.

Estos son los signos de la crisis. Pero, como toda crisis, ésta encierra su propia oportunidad, su propia bendición: es una invitación al conocimiento propio y a abrirse, desde él, a una experiencia más real de la misericordia de Dios. La pregunta fundamental entonces será en cómo vivir esta crisis de forma constructiva, cómo afrontarla como oportunidad para el crecimiento. Ofrecemos dos pistas para ello.

En primer lugar, es fundamental que el joven que desea vivir el celibato pueda elaborar, con libertad y autenticidad, su propio proceso de personalización. Es decir, que pueda tomar su vida en peso definiendo los valores que realmente quiere vivir, discerniéndolos de los que los adultos significativos en su vida le hayan invitado a vivir.

En segundo lugar, es necesario que vaya tomando conciencia del complejo mundo de sus necesidades y sus pulsiones. Así podrá canalizar la energía contenida en él y ponerla al servicio de los valores que quiere vivir. Se le presenta así la oportunidad de organizar y concentrar todas sus energías, su afectividad y su voluntad para vivir con una única pasión: ser en Dios. Sólo entonces podrá esta pasión convertirse en núcleo generador y en eje de su existencia.

Etapas vitales del celibato cristiano

3.2. Amor realista: joven adulto

“Por eso Yo voy a seducirla, la llevaré al desierto y le hablaré al corazón” (Os 2, 16).

A medida que el joven va madurando, comienzan a producirse nuevos cambios. La realidad se va percibiendo más compleja, más conflictiva de lo que se sospechaba. Se pasa de una sensación global de *despliegue* a una progresiva *confrontación* con la realidad. Uno comienza a darse cuenta de que el mundo en el que ha intentado hacer real su proyecto de vida no se amolda a sus planes y deseos. Es lo que la psicología evolutiva ha llamado la *crisis de realismo*. Puede manifestarse en forma de cierta desilusión por los escasos resultados alcanzados. Y, en un nivel más hondo, como pesimismo en la interpretación de la realidad y del sentido del propio compromiso. Es un momento muy delicado porque, como apunta con acierto Javier Garrido, al producirse el desencanto es fácil que emerjan del inconsciente zonas no integradas de la personalidad. Ya no satisfacen, como antes, las razones ideológicas, y las necesidades afectivas requieren su objeto propio con una fuerza desconocida. Biológicamente, además, es el momento en que el joven adulto puede sentir con especial intensidad la llamada de la fecundidad, el deseo de la paternidad o la maternidad. Retomando la imagen del “desierto” que empleábamos en el apartado anterior, podemos decir que en este momento el vacío del celibato grita con especial fuerza y puede volverse especialmente doloroso.

Pero, de nuevo, la crisis encierra su oportunidad. Por una parte, la realidad deja de ser objeto de fantasía o de curiosidad al que uno se asoma desde su torre bien protegida. Ahora impone sus propias leyes y exige ser asumida como propia, con toda su dureza y limitación. Cuando esto sucede, comienzan a desvanecerse las expectativas no realistas, se purifican pretensiones y deseos en el fondo egocéntricos, se hace más realista la percepción del compromiso, de la responsabilidad. Por otra parte, esta experiencia de la impotencia personal nos permite asomarnos con una profundidad nueva a la relación con Dios: descubrir que su gracia es capaz de atravesar esa realidad opaca y compleja que de otra forma experimentaríamos sólo como límite.

Desde esta experiencia de la gracia, el amor se purifica, se vuelve más encarnado y comprometido. Y el adulto encuentra de pronto ensanchada su capacidad de afrontar tareas y responsabilidades cada vez mayores, con el realismo de la maduración pero con la esperanza de la fe. Surge entonces la profunda gratitud por el don recibido y la conciencia asombrada de que, a pesar de

todo, “todo sucede para el bien de los que Él ama”²⁵. Esta gratitud se convierte, en el corazón del célibe, en semilla de la que pueden comenzar a brotar la *gratuidad* e *incondicionalidad* propias de un amor adulto. Comienza a intuirse la misteriosa *fecundidad espiritual* que puede nacer, paradójicamente, de una vida que renuncia a la fecundidad biológica.

3.3. Amor purificado: adulto maduro

“Simón, hijo de Juan, ¿me amas? Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te amo. Apacienta mis ovejas.” (Jn 21, 16-17)

Atravesada la crisis de realismo, el adulto entra en una etapa que, en su esencia, continúa profundizando lo aprendido hasta ahora. La realidad ha impuesto ya su ley: la de la limitación a nuestros deseos. Se trata, ahora, de aprender a aceptarla con todas sus consecuencias y en todas sus manifestaciones. No es tarea fácil: una cosa es “verlo” y otra bien distinta “vivirlo” día a día, año a año. Puede entonces exacerbarse el realismo de la etapa anterior. Es lo que se ha llamado la *crisis de reducción*.

El adulto maduro puede experimentar aquí una especie de segunda adolescencia. Se siente confuso, inseguro, desilusionado. ¿Merecía la pena tanto esfuerzo, tanta esperanza? La crisis no consiste ahora en no alcanzar los ideales, sino en preguntarse por el sentido mismo de habérselos propuesto. Esta pregunta puede vivirse de forma muy dolorosa. Hay opciones que no se tomaron en su momento y que ya han dejado de estar abiertas: la renuncia a la maternidad o paternidad es quizá la más evidente, pero no la única. Se empieza a experimentar el límite de lo “ya determinado” en muchas otras facetas de la vida: la salud, las relaciones humanas, el protagonismo social, las opciones profesionales o de misión... En este sentido, el proyecto de vida comienza a vivirse como algo relativamente cerrado, algo donde ya no todas las posibilidades están abiertas. La muerte, hasta ahora ignorada, comienza a revelarse como algo tremendamente real.

El miedo de morir, el pánico de la finitud, puede desencadenar varias tentaciones en el desarrollo del amor célibe. Por una parte, como nos recuerda Cencini²⁶, la absolutización del sexo ante la sensación de que la vida se va de

²⁵ Rm. 8,28.

²⁶ CENCINI, A. *Nell'amore*, Bologna, EDB, 1995, 182-185.

Etapas vitales del celibato cristiano

las manos. Y por otra la relativización del amor: puesto que el amor ya no se vive como fuerza motivadora, el célibe puede convertirse en un escéptico y endurecerse, o bien entrar en la dinámica del conformismo, la poca exigencia, el contentamiento con cualquier cosa, la pérdida de inquietud social y de pasión por el Reino.

Ahora bien, ¿cuál es la oportunidad que encierra esta crisis? Es posible que en esta experiencia de “reducción” se esconda una llamada suave pero que puede convertirse, para quien se atreva a escucharla, en camino secreto de bendición: la llamada a ahondar la mirada. En este momento, la persona tiene ante sí dos opciones: deslizarse hacia el fatalismo y la desesperanza o suplicar la gracia de recibir una nueva percepción de sí mismo y de la realidad. Una percepción más profunda, más desde Dios. Cuando esto sucede, puede que el adulto maduro comience a percibir, en humildad y gratitud, los frutos de tantos años de dedicación y empeño. Frutos, la mayoría de las veces, escondidos, secretos, sólo intuibles por la gracia y normalmente bastante distintos de lo que una mirada superficial, “mundana” reconocería a primera vista como “éxitos”.

Se ha dicho que es éste el momento de la “segunda conversión”. ¿Cuál es la invitación fundamental que recibe el célibe en este momento de su vida? Podemos expresarla tomando las palabras del Epílogo del Evangelio de Juan: sería la invitación a dejarnos preguntar por el Señor: “¿Me amas?” Y recibir de El su encargo: “Apacienta mis ovejas”. Es una invitación a salir de nosotros mismos, a hacer nuestro el desear de Dios, a dejar que El unifique nuestro amor. Es el momento de experimentar en la propia vida que seguir a Jesús es, antes que nada, sentirse deseado por Él y, desde esa experiencia, desearle a El y entregar todas las energías a su proyecto.

Cuando esto se vive así, esta etapa se convierte en la edad de la madurez en sentido cualitativo. Entonces se vuelve enormemente rica en potencialidades y oportunidades. Es el momento de desarrollar el arte de vivir, de educar, porque se tiene visión de conjunto y se ha aprendido a distinguir lo esencial de lo accesorio.

A un nivel más profundo, ésta es la etapa del amor hecho obediencia. La etapa en que se descubre que lo esencial de nuestra entrega a Dios pasa por la unión de voluntades. Surge el deseo, la súplica, de que, como diría Teresa de Jesús, nuestra voluntad sea una con la voluntad de Dios. El amor ha madurado: lejos de ser un sentimiento pasajero, se ha convertido en entrega total de la vida.

3.4. Amor pleno: adulto sabio

“Cuando seas viejo, extenderás las manos y otro te ceñirá la túnica y te llevará a donde no quieras” (Jn. 21,18)

Según Erik Erikson²⁷, la etapa de la madurez avanzada puede caracterizarse por la bendición de la integridad o por la tentación de la desesperanza y la tristeza. Dependerá del itinerario vital que haya seguido cada persona. La persona que haya vivido actualizándose a través de la progresiva auto-trascendencia, vivirá este periodo con sabiduría y serenidad. La sabiduría que nace de una profunda comprensión y aceptación de sí misma y de los demás. De esta comprensión y aceptación brotan las actitudes de tolerancia, de relativización, de apoyarse más en lo esencial y en los valores fundamentales, propias de una ancianidad bien integrada.

En cambio, quien no haya hecho el camino de la auto-trascendencia se encontrará, en la etapa final de su vida, encerrado en el egocentrismo y vivirá el sentimiento de frustración y vacío al contemplar una vida intranscendente e infecunda. De aquí brotan algunas tentaciones que, sin ser exclusivas de esta etapa, pueden cobrar en ella especial significado debido a la proximidad de la muerte y a la debilidad en que se encuentra el sujeto. Puede suceder, por ejemplo, que la persona niegue la realidad, se resista a asumir las limitaciones, el desgaste y el deterioro. Esto la puede llevar a encerrarse en sí misma y automarginarse, cuidándose exageradamente, focalizando su atención en los achaques. Pero puede llevarla también a volverse muy exigente y a exigir atenciones y cuidados demasiado exquisitos. Se vive también la tentación de apegarse al pasado y cerrarse a lo nuevo. O la de endurecerse en actitudes y opiniones, perdiendo la capacidad de ternura, de alegría, de comprensión y acogida.

En lo que se refiere a la vida espiritual, una tentación muy sutil es la de huir inconscientemente de la auténtica oración, buscando seguridades en rezos mecánicos, en continuas ocupaciones, en preocupaciones menudas... sin acabar de ponerse en desnudez confiada y silenciosa ante Dios.

No obstante, junto a las tentaciones se encuentran siempre posibilidades de redención. También este momento de la vida encierra una oportunidad, una invitación: la de culminar el proyecto de Dios con la entrega de la vida. En una vida cada vez menos planificada por la persona, el Espíritu puede actuar de manera más eficaz aún. Donde es mayor la impotencia, allí se manifiesta el

²⁷ Cfr. ERIKSON, E. *La adultez*, México, Fondo de Cultura Económica, 1978.

Etapas vitales del celibato cristiano

misterioso poder de la gracia. La persona se purifica y el corazón busca y encuentra lo esencial. Es el tiempo de la poda y del despojo radical: tiempo del amor puro.

¿Cuál sería ahora la llamada a la conversión? Se trata posiblemente de la conversión más radical, más profunda. El individuo se enfrenta en este momento con las preguntas decisivas: ¿Cuál ha sido el sentido de mi vida? ¿Cómo he caminado ante Dios? ¿Qué ha sido del amor? ¿Para qué he vivido? Son preguntas que obligan a descender al fondo del ser para escuchar las llamadas olvidadas. Es posible que se viva entonces el dolor de haber pasado demasiados años distraídos por muchas cosas, rindiendo culto a muchos dioses. El dolor de haber vivido disfrazados, aparentando lo que no se era. Pero la gracia de Dios acude siempre “en ayuda de nuestra debilidad”²⁸ cuando nos abrimos a ella: desde este fondo de fragilidad se escucha, como una invitación de misericordia, la llamada esencial: la de la entrega confiada a Dios.

Entonces brota desde lo más hondo una misteriosa gratitud. Gratitud serena y sabia a Dios por el regalo de la vida tal como ha sido, con sus horas hermosas y sus sombras y amarguras. Todo es don. Y quien lo descubre puede, en humildad y verdad, agradecer las maravillas que el Señor ha hecho en él²⁹ y confiarlo todo en manos del Dios que nunca ha dejado de acompañarnos, que nos acepta como somos y nos perdona las inconsciencias y pecados más oscuros y humillantes.

Al mismo tiempo, la meditación pausada sobre la propia vida se convierte en “maestra”: nos va enseñando a vivir no sólo desde la actividad y el trabajo sino también desde la contemplación y la aceptación; no sólo desde el vigor y el esfuerzo sino desde la debilidad y humildad. Se va produciendo entonces el giro vital fundamental en esta etapa de la vida: pasar del “hacer” al “dejarse hacer”; orar la propia pasividad; despedirse serenamente de los roles, carismas, buena salud, seguridades, relaciones...

Desde esta honda experiencia interior, la persona puede convertirse para sus hermanos en una fuente nueva de gratuidad, de donación. Es el momento de la disponibilidad madura, de saber decir sí o no desde la fidelidad al tiempo interior, sin añoranzas de activismos. Paradójicamente, la persona que vive fiel a este ritmo interior se convierte en un manantial de servicio profundísimo a los demás, a la comunidad y a la propia sociedad, tan necesitada, aunque lo ignore, de la sabiduría profunda que brota de una vida entregada.

²⁸ Cfr. Rm. 8, 26.

²⁹ Cfr. Lc 1, 49.

4. Conclusión

Encabezábamos este artículo con un poema de Kavafis que nos invitaba a caminar por la vida sin apresurarnos, estando atentos a todo lo que vivimos, disfrutando, sufriendo, aprendiendo con cada experiencia que se nos brinde. Esta invitación, encarnada desde una opción célibe, puede convertirse quizá en la invitación a que nadie que pase por nuestro lado nos sea indiferente. Que nuestro recorrido vital nos lleve a desplegar poco a poco toda nuestra capacidad de amar para que todos los que encontremos en el camino puedan sentirse acogidos, amados, bendecidos.

Deseamos concluir esta meditación sobre el celibato cristiano haciendo memoria agradecida de tantos hombres y mujeres que nos han precedido en este camino. Tantas personas que a lo largo de la historia han acogido la llamada a hacer de sus vidas signo vivo que apunta al Misterio. De sus vidas frágiles traspasadas por la gracia, de su experiencia hecha palabra y entrega, se nutren las raíces de la fe y la vida cristiana. Raíces de las que hoy bebemos también nosotros. Recordarlas es una forma de volver a nuestro propio pozo, ése que, según la promesa de Jesús, brota desde las entrañas de su Iglesia hasta la vida eterna.

*“Si conocieras el don de Dios,
y quién es el que te dice: ‘Dame de beber’,
le pedirías tú a Él
y Él te daría agua viva. (...)
El que beba del agua que yo le dé,
no tendrá sed jamás,
sino que el agua que yo le dé
se convertirá en él en fuente
de agua que brota para vida eterna”*

(Jn 4, 10-14)